

CONTRISTAR AL ESPÍRITU SANTO

Volumen 1 – Sermón No. 278

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 9 DE OCTUBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para
el día de la redención”
Efesios 4:30***

Hay algo muy conmovedor en esta admonición: "No contristéis al santo Espíritu de Dios". No dice: "No lo hagais enojar". Se usa un término más delicado y tierno: "No le contristéis". Hay algunos hombres de carácter tan duro, que hacer enojar a otro no les causa mucho dolor; y, en verdad, hay muchos de nosotros que difícilmente nos conmovemos al saber que otro está enojado con nosotros; pero, ¿dónde está el corazón tan duro que no se conmueve cuando sabemos que hemos causado dolor a otros? Es ira, pero se le quita toda la hiel. El amor endulza la ira, y vuelve su filo, no contra la persona, sino contra la ofensa.

Todos sabemos cómo usamos los dos términos en contraposición el uno del otro. Cuando cometo alguna ofensa, algún amigo que tiene poca paciencia, de repente rompe su paciencia y se enfada conmigo. La misma ofensa es observada por un padre amoroso, y él se aflige. Hay ira en su pecho, pero está enojado y no peca, porque está enojado contra mi pecado, y sin embargo hay amor para neutralizar y modificar la ira hacia mí. En lugar de desearme el mal como castigo de mi pecado, considera que mi pecado mismo es el mal. Se aflige al pensar que ya estoy herido, por el hecho de haber pecado.

Yo digo que este es un compuesto celestial, más precioso que todo el unguento de los mercaderes. Puede haber la amargura de la mirra, pero hay toda la dulzura del incienso en este dulce término "afligirse." Estoy seguro, oyentes míos, de que no los halago cuando declaro que estoy seguro de que la mayoría de ustedes se afligiría, si pensara que está afligiendo a alguien más. Tal vez no se preocuparían mucho si hubieran hecho enojar a alguien sin causa, pero afligirlo, aunque fuera sin causa y sin intención, les causaría, sin embargo, angustia en el corazón, y no descansarían hasta que esta aflicción se hubiera calmado, hasta que hubieran dado alguna explicación o disculpa, y hubieran hecho todo lo posible para disipar el enojo y quitar la aflicción.

Cuando vemos ira en otro, enseguida empezamos a sentir hostilidad. La ira engendra ira,

pero la aflicción engendra compasión, y la compasión es luego afín al amor, y amamos a aquellos a quienes hemos causado aflicción. Ahora, ¿no es ésta una expresión muy dulce: "No contristéis al Espíritu Santo"? Por supuesto que el lenguaje debe entenderse como hablando a la manera de los hombres. El Espíritu Santo de Dios no conoce la pasión ni el sufrimiento, pero, sin embargo, Su emoción se describe aquí en lenguaje humano como la del dolor.

Y yo digo: ¿no es algo tierno y conmovedor que el Espíritu Santo dirija a su siervo Pablo para que nos diga: "No contristéis al Espíritu Santo"? No excites su amorosa ira, no le irrites, no le hagás llorar. Él es una paloma, no le hagás llorar, porque le has tratado dura e ingratamente.

Ahora, el propósito de mi sermón de esta mañana será exhortarlos a no contristar al Espíritu, pero lo dividiré así: primero, hablaré sobre el amor del Espíritu; segundo, sobre el sello del Espíritu; y luego, tercero, sobre contristar al Espíritu.

I. Las pocas palabras que tengo que decir ***acerca del amor del Espíritu***, serán todas un impulso hacia mi gran objetivo, incitándolos a no contristar al Espíritu, pues cuando estamos persuadidos de que otro nos ama, encontramos de inmediato una razón muy poderosa para no contristarlo.

El amor del Espíritu, ¿cómo lo expresaré? Ciertamente necesita un cantor que lo cante, pues el amor sólo puede ser expresado con palabras de canto. El amor del Espíritu, permítanme hablarles de Su temprano amor por nosotros. Él nos amó sin principio. En el pacto eterno de gracia, como les dije el día de reposo pasado, Él fue una de las altas partes contratantes en el contrato divino por el que somos salvos. Todo lo que puede decirse del amor del Padre, y del amor del Hijo, puede decirse del amor del Espíritu, es eterno, es infinito, es soberano, es sempiterno, es un amor que no puede disolverse, que no puede disminuir, un amor que no puede ser quitado de aquellos que son sus objetos.

Permítanme, sin embargo, referirme a Sus actos, más que a Sus atributos. Permítanme hablarles del amor del Espíritu hacia ustedes y hacia mí. ¡Oh, cuán temprano fue ese amor que Él manifestó hacia nosotros, aun en nuestra niñez!

Hermanos míos, bien podemos recordar cómo el Espíritu solía luchar con nosotros. Nos descarriamos desde el vientre materno hablando mentiras, pero cuán pronto el Espíritu de Dios agitó nuestra conciencia y nos corrigió solemnemente a causa de nuestros pecados juveniles.

Desde entonces, ¡cuántas veces nos ha cortejado el Espíritu! Cuántas veces bajo el ministerio ha obligado a nuestros corazones a derretirse, y la lágrima ha corrido por nuestras

mejillas, y nos ha susurrado dulcemente al oído: "Hijo mío, dame tu corazón, ve a tu aposento, cierra tu puerta a tu alrededor, confiesa tus pecados, y busca el amor y la sangre de un Salvador."

Oh, pero sonrojémonos al decirlo: ¡cuán a menudo le hemos despreciado! Cuando estábamos en un estado de no regeneración, ¡cómo solíamos resistirle! Apagábamos al Espíritu, Él luchaba con nosotros, pero nosotros luchábamos contra Él. Pero, bendito sea Su amado nombre, y que tenga por él cánticos eternos, Él no nos dejó ir. No queríamos ser salvados, pero Él nos salvaría. Nosotros buscábamos arrojarnos al fuego, pero Él buscaba arrancarnos de la hoguera. Quisimos arrojarnos desde el precipicio, pero Él luchó con nosotros y nos sujetó, Él no permitió que destruyéramos nuestras almas.

¡Oh, cómo lo maltratamos, cómo despreciamos Su consejo! Cómo lo despreciamos y nos burlamos de Él, cómo despreciamos la ordenanza que nos conduciría a Cristo. ¡Cómo violamos ese cordón sagrado que nos atraía suavemente a Jesús y a Su cruz!

Estoy seguro, hermanos míos, que al recordar las perseverantes luchas del Espíritu con ustedes, deben sentirse impulsados a amarle. ¡Cuán a menudo te refrenó del pecado, cuando estabas a punto de sumergirte de cabeza en un curso de vicio! ¡Cuán a menudo te constriñó al bien, cuando tú lo habrías descuidado! Tú, tal vez, no habrías estado en el camino en absoluto, y el Señor no te habría encontrado, si no hubiera sido por ese dulce Espíritu, que no permitió que te convirtieras en un blasfemo, que no permitió que abandonaras la casa de Dios, y no permitió que te convirtieras en un asiduo asistente a las guaridas del vicio, sino que te refrenó, y te sujetó, por decirlo así, con freno y brida.

Aunque fueras como un novillo, no acostumbrado al yugo, Él no te dejaría salirte con la tuya. Aunque lucharas contra Él, no echaría las riendas sobre tu cuello, sino que dijo: "Lo tendré, lo tendré contra su voluntad, cambiaré su corazón, no lo soltaré hasta que lo haya convertido en un trofeo de mi poderoso poder de salvar". Y entonces piensen mis hermanos en el amor del Espíritu después de eso,

***"¿Recuerdas el tiempo, el lugar de la tierra,
donde Jesús te conoció?
donde te tomó por primera vez de la mano,
el amor de tu Esposo, ¡qué dulce!"***

Ah, entonces, en aquella hora bendita, a la memoria querida, ¿no fue el Espíritu Santo quien te guió a Jesús? ¿Recuerdas el amor del Espíritu cuando, después de haberte vivificado, te llevó aparte y te mostró a Jesús en el madero? ¿Quién fue el que abrió tu ojo ciego para que vieras a un Salvador moribundo? ¿Quién abrió tu oído sordo para que oyeras la voz del amor que

perdona? ¿Quién abrió tu mano paralizada para recibir las muestras de la gracia de un Salvador? ¿Quién rompió tu duro corazón e hizo un camino para que el Salvador entrara y habitara en él?

Oh! era ese precioso Espíritu ese mismo Espíritu, a quien tanto habías contrariado, a quien en los días de tu carne resististe! Qué misericordia fue que Él no dijera: "Juraré en mi ira que no entrarán en mi reposo, porque me han vejado, y huiré de ellos para siempre", o así: "Efraín se ha unido a los ídolos, ¡lo dejaré sólo!".

Y desde entonces, hermanos míos, cuán dulcemente nos ha demostrado el Espíritu su amor a vosotros y a mí. No sólo en Sus primeros esfuerzos, y luego en Sus divinos avivamientos, sino en toda la secuela, cuánto le hemos debido a Su instrucción. Hemos sido aburridos eruditos con la Palabra delante de nosotros, clara y sencilla, de tal manera que el que corre puede leer, y el que lee puede entender; sin embargo, ¡cuán pequeña porción de Su Palabra ha retenido nuestra memoria, cuán poco progreso hemos hecho en la escuela de la gracia de Dios!

No somos más que aprendices todavía, inestables, débiles y propensos a resbalar, pero ¡qué bendito instructor hemos tenido! ¿No nos ha conducido Él a muchas verdades, y ha tomado de las cosas de Cristo y nos las ha aplicado? Oh, cuando pienso cuán estúpido he sido, me maravillo de que Él no me haya abandonado. Cuando pienso cuán estúpido he sido, cuando Él quiso enseñarme las cosas del reino de Dios, me maravillo de que haya tenido tanta paciencia conmigo.

¿Es una maravilla que Jesús se convirtiera en un niño? ¿No es una maravilla igual que el Espíritu del Dios viviente se convierta en maestro de niños? Es una maravilla que Jesús yaciera en un pesebre, ¿no es una maravilla igual que el Espíritu Santo se convirtiera en un ujier en la escuela sagrada, para enseñar a los tontos y hacerlos sabios? Fue la condescendencia la que llevó al Salvador a la cruz, pero ¿no es la misma condescendencia la que hace descender al poderoso Espíritu de gracia para que habite con los tercos, revoltosos y salvajes pollinos de asno, para enseñarles el misterio del reino y hacerles conocer las maravillas del amor de un Salvador?

Además, hermanos míos, no olviden cuánto le debemos al consuelo del Espíritu, cuánto les ha manifestado Su amor al cuidarlos en todas sus enfermedades, asistiéndolos en todas sus labores y consolándolos en todas sus angustias.

Puedo testificar que Él ha sido un bendito Consolador para mí, cuando todo otro consuelo falló, cuando la promesa misma parecía vacía, cuando el ministerio estaba vacío de poder, es entonces cuando el Espíritu Santo ha demostrado ser un rico consuelo para mi alma, y ha llenado mi pobre corazón de paz y gozo al creer.

¡Cuántas veces se habría roto tu corazón si el Espíritu no lo hubiera vendado! Cuántas veces Aquel que es tu maestro se ha convertido también en tu médico, ha cerrado las heridas de tu pobre espíritu sangrante, y ha vendado esas heridas con el emplasto de la promesa, y así ha detenido la hemorragia, y te ha devuelto tu salud espiritual una vez más.

Me parece una maravilla que el Espíritu Santo se convierta en Consolador, porque para muchos consolar no es más que una obra inferior en la iglesia, aunque en realidad no lo sea. Enseñar, predicar, mandar con autoridad, cuántos están dispuestos a hacer esto porque es un trabajo honorable, pero sentarse y soportar las debilidades de la criatura, entrar en todas las estratagemas de la incredulidad, encontrarle al alma un camino de paz en medio de mares de angustia, esto es compasión como Dios, que el Espíritu Santo se abaje del cielo para convertirse en Consolador de espíritus desconsolados.

¿Qué? ¿Debe traer Él mismo el afecto? ¿Debe esperar a Su hijo enfermo y permanecer junto a su lecho? ¿Debe hacerle su cama en su aflicción? ¿Debe cargarlo en su enfermedad? ¿Se convierte el Espíritu Santo en un siervo de la iglesia que espera? ¿Se convierte en una lámpara que ilumina? y ¿se convierte en un bastón en el que podemos apoyarnos? Esto, digo, debería movernos a amar al Espíritu Santo, pues tenemos en todo esto abundantes pruebas de Su amor por nosotros.

No se detengan aquí, amados, hay campos más grandes aún más allá, ahora que estamos hablando del amor del Espíritu. Recuerden cuánto nos ama cuando ayuda nuestras debilidades. No, no sólo ayuda nuestras dolencias, sino que cuando no sabemos por qué orar como debiéramos, Él nos enseña cómo orar, y cuando "nosotros mismos gemimos dentro de nosotros mismos", entonces el Espíritu mismo hace intercesión por nosotros con gemidos que no pueden ser expresados, gemidos como deberíamos gemir, pero más audiblemente, de tal manera que nuestra oración, que de otra manera habría sido silenciosa, llega a los oídos de Cristo, y entonces es presentada ante el rostro de Su Padre.

Ayudar a nuestras debilidades es un poderoso ejemplo de amor. Cuando Dios vence la enfermedad por completo, o la elimina, hay algo muy noble, grandioso y sublime en el hecho; cuando permite que la enfermedad permanezca y, sin embargo, obra con la enfermedad, esto es compasión tierna en verdad.

Cuando el Salvador sana al cojo, se ve Su Deidad; pero cuando camina con el cojo, aunque cojee, cuando se sienta con el mendigo, cuando habla con el publicano, cuando lleva al niño en Su seno, entonces esta ayuda a las enfermedades es una manifestación de amor casi inigualable. Salvo que Cristo cargó con nuestras enfermedades en el madero, y con nuestros pecados en Su propio cuerpo, no conozco un ejemplo más grande o más tierno del amor

divino que cuando está escrito: "Así también el Espíritu ayuda nuestras flaquezas".

¡Oh, cuánto le debes al Espíritu cuando has estado de rodillas en oración! Ustedes saben, hermanos míos, lo que es estar allí embotado y sin vida, gemir por una palabra y, sin embargo, no encontrarla; desear una palabra y, sin embargo, el deseo mismo es lánguido; anhelar tener deseos y, sin embargo, todo el deseo que tienen es un deseo de que puedan desear. Oh, ¿no has anhelado a veces, cuando se han encendido tus deseos, asir la promesa por las manos de la fe?

"Oh", has dicho, "si tan sólo pudiera alegar la promesa, todas mis necesidades serían removidas y todas mis penas serían aliviadas", pero, ay, la promesa estaba fuera de tu alcance. Si la tocaste con la punta de tu dedo, no pudiste asirla como deseabas, no pudiste suplicarla, y por lo tanto te quedaste sin la bendición.

Pero cuando el Espíritu ha ayudado nuestras debilidades, ¡cómo hemos orado! Vamos, ha habido momentos en los que ustedes y yo hemos asido de tal manera la aldaba de la puerta de la misericordia, y la hemos dejado caer con una fuerza tan tremenda, que parecía como si la propia puerta temblara y se tambaleara; ha habido momentos en los que nos hemos asido del ángel, hemos vencido al cielo por medio de la oración, hemos declarado que no dejaríamos ir al propio Jehová a menos que nos bendijera.

Hemos movido, y lo decimos sin blasfemia, el brazo que mueve el mundo. Hemos hecho descender sobre nosotros los ojos que miran el universo. Todo esto lo hemos hecho, no por nuestra propia fuerza, sino por la fuerza y el poder del Espíritu, y viendo que Él nos ha capacitado tan dulcemente, aunque a menudo nos hemos olvidado de darle gracias, viendo que Él nos ha ayudado tan amorosamente aunque a menudo hemos tomado toda la gloria para nosotros mismos en lugar de dársela a Él, ¿no debemos admirar Su amor, y no debe ser un temible pecado en verdad contristar al Espíritu Santo por quien estamos sellados?

Queda otra muestra del amor del Espíritu, a saber, su habitación en los santos. Cantamos en uno de nuestros himnos,

"¿No habitas en todos los santos?"

Hacemos una pregunta que sólo puede tener una respuesta. Él mora en el corazón de todo el pueblo redimido y lavado con sangre de Dios. Y qué condescendencia es ésta, que Aquel a quien el cielo de los cielos no puede contener, habite en tu pecho, hermano mío. Ese pecho a menudo cubierto de harapos, puede ser un pecho a menudo agitado por ansiosos cuidados y pensamientos, un pecho demasiado a menudo manchado por el pecado, y sin embargo Él mora allí. En el pequeño y estrecho corazón del hombre, el Espíritu Santo ha hecho Su palacio.

Aunque no sea más que una cabaña, una casucha, y todo impuro e inundo, el Espíritu Santo condesciende a hacer del corazón de Su pueblo Su morada continua.

Oh, amigos míos, cuando pienso en cuántas veces ustedes y yo hemos dejado entrar al diablo, me asombro de que el Espíritu no se haya retirado de nosotros. La perseverancia final de los santos es uno de los mayores milagros de los que se tiene constancia, de hecho, es la suma total de milagros. La perseverancia de un santo durante un solo día es una multitud de milagros de misericordia.

Cuando consideras que el Espíritu tiene ojos más puros que para contemplar la iniquidad, y sin embargo habita en el corazón donde a menudo se entromete el pecado, un corazón del que salen blasfemias, y asesinatos, y toda clase de malos pensamientos y concupiscencia, ¿qué tal si algunas veces se entristece, y se retira y nos deja solos por un tiempo? Es una maravilla que Él esté allí, porque debe estar diariamente afligido por estos malos huéspedes, estos falsos traidores, estos viles intrusos que se meten en ese pequeño templo que Él ha honrado con Su presencia, el templo del corazón del hombre.

Me temo, queridos amigos, que tenemos demasiada costumbre de hablar del amor de Jesús, sin pensar en el amor del Espíritu Santo. Ahora bien, no quisiera exaltar a una persona de la Trinidad por encima de otra, pero sí siento que, debido a que Jesucristo era un hombre, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne, y por lo tanto había algo tangible en Él que podía ser visto con los ojos y tocado con las manos, pensamos más fácilmente en Él y fijamos nuestro amor en Él que en el Espíritu. Pero, ¿por qué ha de ser así? Amemos a Jesús con todo nuestro corazón y amemos también al Espíritu Santo. Tengamos cantos para Él, gratitud para Él.

No olvidemos la cruz de Cristo, no olvidemos las operaciones del Espíritu. No olvidemos lo que Jesús ha hecho por nosotros, recordemos siempre lo que el Espíritu hace en nosotros. ¿Por qué habláis del amor, y de la gracia, y de la ternura, y de la fidelidad de Cristo, por qué no decís lo mismo del Espíritu? ¿Hubo alguna vez amor como el Suyo, que nos visitara? ¿Fue alguna vez la misericordia como la Suya, que soportara nuestros malos modales, aunque los repitiéramos constantemente? ¿Hubo alguna vez fidelidad como la Suya, para que multitudes de pecados no puedan alejarlo?

¿Hubo alguna vez poder como el Suyo, que vence todas nuestras iniquidades, y sin embargo nos conduce con seguridad, aunque huestes de enemigos dentro y fuera nos roben nuestra vida cristiana?

***"¡Oh! el amor del Espíritu yo canto
por quien es aplicada la redención".***

Y a Su nombre sea la gloria por los siglos de los siglos.

II. Esto me lleva al segundo punto. Aquí tenemos otra razón por la que no debemos contristar al Espíritu. ***es por el Espíritu Santo que somos sellados.***

"Por quien somos sellados hasta el día de la redención". Seré muy breve aquí. El Espíritu mismo se expresa como el sello, así como se dice directamente que Él mismo es la prenda de nuestra herencia.

El sellado, creo, tiene un triple significado. Es un sello de atestación o confirmación. Quiero saber si soy verdaderamente hijo de Dios. El Espíritu mismo también da testimonio a mi espíritu de que he nacido de Dios. Tengo los escritos, los títulos de propiedad de la herencia que ha de venir; quiero saber si son válidos, o si son verdaderos, o si son meras falsificaciones escritas por ese viejo escriba del infierno, el Maestro Presunción y Seguridad Carnal.

¿Cómo voy a saberlo? Busco el sello. Después de que hemos creído en el Hijo de Dios, el Padre nos sella como Sus hijos, por el don del Espíritu Santo. "Y el que nos ungió es Dios, el cual también nos selló, y dio las arras del Espíritu en nuestros corazones". Ninguna fe es genuina si no lleva el sello del Espíritu. Ningún amor, ninguna esperanza puede salvarnos jamás, a menos que esté sellada con el Espíritu de Dios, pues todo lo que no tenga Su sello es espurio. La fe que no está sellada puede ser un veneno, puede ser presunción, pero la fe que está sellada por el Espíritu es fe verdadera, real, genuina.

Nunca estén contentos, mis queridos oyentes, a menos que estén sellados, a menos que estén seguros por el testimonio interno y el testimonio del Espíritu Santo, de que han sido engendrados de nuevo para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos. Es posible que un hombre sepa infaliblemente que está seguro del cielo. No sólo puede tener esa esperanza, sino que puede saberlo más allá de toda duda, y puede saberlo así al ser capaz, con el ojo de la fe, de ver el sello, el amplio sello del Espíritu Santo puesto sobre su propio carácter y experiencia. Es un sello de atestación.

En segundo lugar, es un sello de apropiación. Cuando los hombres ponen su marca en un artículo, es para mostrar que es suyo. El granjero marca sus herramientas para que no se las roben. Son suyas. El pastor marca sus ovejas para que sean reconocidas como pertenecientes a su rebaño. El rey mismo pone su flecha ancha sobre todo lo que es de su propiedad.

Así que el Espíritu Santo pone el amplio brazo de Dios sobre los corazones de todo Su pueblo. Él nos sella. "Tú serás mío", dice el Señor, "en el día en que yo actúe". Y luego el Espíritu pone el sello de Dios sobre nosotros para significar que somos la herencia reservada de Dios, Su pueblo peculiar, la porción en la que se deleita Su alma.

Pero, de nuevo, por sellar se entiende preservar. Los hombres sellan lo que desean que se conserve, y cuando se sella un documento, éste adquiere validez para siempre. Ahora bien, es por el Espíritu de Dios que el cristiano es sellado, que es guardado, que es preservado, sellado hasta el día de la redención, sellado hasta que Cristo venga plenamente a redimir los cuerpos de sus santos resucitándolos de entre los muertos, y plenamente a redimir el mundo limpiándolo del pecado y haciendo de él un reino para sí en justicia. Nos mantendremos en nuestro camino, seremos salvos. La simiente elegida no puede perderse, debe ser llevada a casa al fin, pero ¿cómo? Por el sello del Espíritu. Aparte de eso perecen, están deshechos.

Cuando arda el último fuego general, todo lo que no lleve el sello del Espíritu será quemado. Pero los hombres en cuya frente esté el sello serán preservados. Estarán a salvo "en medio del naufragio de la materia y el choque de los mundos". Sus espíritus, elevándose por encima de las llamas, morarán eternamente con Cristo, y con ese mismo sello en su frente, sobre el monte Sión, entonarán el cántico eterno de gratitud y alabanza. Digo que ésta es la segunda razón por la que debemos amar al Espíritu y por la que no debemos contristarle.

III. Llego ahora a la tercera parte de mi discurso, a saber, ***el contristar al Espíritu.***

¿Cómo podemos contristarle? ¿Cuál será el triste resultado de contristarle? ¿Cómo podemos contristar al Espíritu? Ahora, fíjense, estoy hablando de aquellos que aman al Señor Jesucristo. El Espíritu de Dios está en sus corazones, y es muy, muy fácil en verdad contristarle. El pecado es tan fácil como perverso.

Puedes contristarle con pensamientos impuros. Él no puede soportar el pecado. Si te complaces en expresiones lascivas, o si incluso permites que la imaginación se deleite en cualquier acto lascivo, o si tu corazón va tras la codicia, si pones tu corazón en cualquier cosa que sea mala, el Espíritu de Dios se entristecerá, pues así le oigo hablar de Sí mismo. "Amo a este hombre, quiero tener su corazón, y sin embargo él está entreteniéndome estas lujurias inmundas. Sus pensamientos, en vez de correr en pos de Mí, y en pos de Cristo, y en pos del Padre, corren en pos de las tentaciones que hay en el mundo por medio de la concupiscencia". Y entonces Su Espíritu se entristece. Él se entristece en Su alma porque Él sabe la tristeza que estas cosas deben traer a nuestras almas.

Lo entristecemos aún más si nos complacemos en actos externos de pecado. Entonces a veces se aflige tanto que emprende el vuelo por una temporada, pues la paloma no morará en nuestros corazones si llevamos allí carroña repugnante. La paloma es un ser limpio, y no debemos ensuciar con inmundicia y lodo el lugar que frecuenta la paloma; si lo hacemos, volará a otra parte. Si cometemos pecado, si deshonramos abiertamente nuestra religión, si tentamos a otros a caer en la iniquidad con nuestro mal ejemplo, no pasará mucho tiempo antes de que el Espíritu Santo comience a entristecerse.

Además, si descuidamos la oración, si la puerta de nuestro cuarto está llena de telarañas, si nos olvidamos de leer las Escrituras, si las hojas de nuestra Biblia están casi pegadas por la negligencia, si nunca procuramos hacer ningún bien en el mundo, si vivimos meramente para nosotros mismos y no para Cristo, entonces el Espíritu Santo se entristecerá, pues así dice: "Me han abandonado, han dejado la fuente de las aguas, se han cavado cisternas rotas".

Creo que ahora veo al Espíritu de Dios afligido, cuando te sientas a leer una novela y allí está tu Biblia sin leer. Tal vez tomas algún libro de viajes, y olvidas que tienes un libro de viajes más precioso en los Hechos de los apóstoles y en la historia de tu bendito Señor y Maestro. No tienes tiempo para la oración, pero el Espíritu te ve muy activo en las cosas mundanas, y con muchas horas de sobra para el descanso y la diversión.

Y luego se entristece porque ve que amas más las cosas del mundo que a Él. Su espíritu está afligido en Su interior, cuida de que no se aleje de ti, pues será algo lamentable para ti si te deja solo.

Una vez más, la ingratitud tiende a entristecerle. Nada hiere más el corazón de un hombre que, después de haber hecho todo lo posible por otro, se vuelva y le pague con ingratitud o insulto. Si no queremos que se nos agradezca, al menos amamos saber que hay agradecimiento en el corazón al que hemos conferido una bendición, y cuando el Espíritu Santo mira en nuestra alma y ve poco amor a Cristo, ninguna gratitud hacia Él por todo lo que ha hecho por nosotros, entonces se entristece.

Una vez más, el Espíritu Santo se aflige sobremanera por nuestra incredulidad. Cuando desconfiamos de la promesa que Él ha dado y aplicado, cuando dudamos del poder o del afecto de nuestro bendito Señor, entonces el Espíritu dice en su interior: "Dudan de mi fidelidad, desconfían de mi poder, dicen que Jesús no es capaz de salvar perpetuamente", así se entristece de nuevo el Espíritu.

Oh, desearía que el Espíritu tuviera aquí esta mañana un abogado que pudiera hablar en mejores términos que yo. Tengo un tema que me domina, parezco afligirme por Él, pero no puedo hacer que te aflijas, ni expresar la aflicción que siento.

En mi propia alma sigo diciendo: "Oh, esto es justamente lo que has hecho, le has afligido a Él". Permítanme hacer una confesión completa y franca ante todos ustedes. Sé que con demasiada frecuencia, tanto yo como ustedes, hemos contristado al Espíritu Santo. Mucho dentro de nosotros ha hecho que esa sagrada paloma se lamente, y mi maravilla es que no haya emprendido su vuelo lejos de nosotros y nos haya dejado completamente solos.

Ahora supongamos que el Espíritu Santo es contristado, ¿cuál es el efecto producido en nosotros? Cuando el Espíritu es contristado primero, Él nos soporta. Es afligido otra vez, y otra vez, y otra vez y otra vez, y aun así lo soporta todo. Pero al fin, Su aflicción llega a ser tan excesiva, que dice: "Suspenderé Mis operaciones, me iré, dejaré la vida detrás de Mí, pero Mi propia presencia real Me llevaré".

Y cuando el Espíritu de Dios se aleja del alma y suspende todas Sus operaciones, en qué miserable estado nos encontramos. Él suspende Sus instrucciones, leemos la Palabra, no podemos entenderla, vamos a nuestros comentarios, ellos no pueden decirnos el significado, caemos de rodillas y pedimos que se nos enseñe, pero no obtenemos respuesta, no aprendemos nada. Él suspende Su consuelo, solíamos danzar como David ante el arca, pero ahora nos sentamos como Job en el pozo de cenizas, y rascamos nuestras úlceras con un tiesto.

Hubo un tiempo en que Su vela brillaba a nuestro alrededor, pero ahora se ha ido, nos ha dejado en el negro de las tinieblas. Ahora nos quita todo poder espiritual. Antes podíamos hacerlo todo, ahora no podemos hacer nada. Podíamos matar a los filisteos, y hacerles montones y montones, pero ahora Dalila puede engañarnos, y nuestros ojos se apagan y nos hacen moler en el molino.

Vamos a predicar, y no hay placer en predicar, y nada bueno le sigue. Vamos a nuestra distribución de tratados, y a nuestra escuela dominical, casi bien podríamos estar en casa. Hay la maquinaria allí, pero no hay amor. Hay la intención de hacer el bien, o quizás ni siquiera eso, pero ¡ay! no hay poder para realizar la intención. El Señor se ha retirado, Su luz, Su alegría, Su consuelo, Su poder espiritual, todo se ha ido. Y entonces todas nuestras gracias flaquean.

Nuestras gracias se parecen mucho a la flor llamada Hortensia, cuando tiene mucha agua florece, pero en cuanto le falta la humedad, las hojas se caen enseguida. Y así, cuando el Espíritu se va, la fe cierra sus flores, no exhala perfume. Entonces el fruto de nuestro amor comienza a pudrirse y cae del árbol, luego los dulces brotes de nuestra esperanza se congelan y mueren.

Oh, qué cosa tan triste es perder el Espíritu. Hermanos míos, ¿nunca han estado de rodillas y han estado conscientes de que el Espíritu de Dios no estaba con ustedes, y qué terrible trabajo ha sido gemir, y clamar, y suspirar, y, sin embargo, irse de nuevo, y que ninguna luz brille sobre las promesas, ni siquiera un rayo de luz a través del resquicio del calabozo? Todo abandonado, olvidado y desamparado, casi te lleva a la desesperación. Cantas con Cowper:

***"¡Qué horas de paz disfruté una vez,
qué dulce es su recuerdo todavía!***

***pero han dejado un vacío doloroso,
que el mundo nunca podrá llenar.***

***Vuelve, sagrada paloma,
vuelve, dulce mensajera del descanso,
odio los pecados que Te contristaron,
y Te alejaron de mi pecho.***

***El ídolo más querido que he conocido,
sea quien sea ese ídolo,
ayúdame a arrancarlo de su trono,
Y adorarte sólo a Ti".***

Oh, es muy triste que nos sea quitado el Espíritu. Pero, hermanos míos, estoy a punto de decir algo con la mayor caridad, que tal vez pueda parecer severo, pero, sin embargo, debo decirlo. Las iglesias de la actualidad están en la posición de aquellos que han contristado al Espíritu de Dios, pues el Espíritu trata con las iglesias de la misma manera que lo hace con los individuos.

En estos últimos años, qué poco ha obrado Dios en medio de sus iglesias. En toda Inglaterra, por lo menos hace unos cuatro o cinco años, un torpor casi universal había caído sobre el cuerpo visible de Cristo. Había un poco de acción, pero era espasmódica, no había verdadera vitalidad. Cuán pocos pecadores eran llevados a Cristo, cuán vacíos se habían vuelto nuestros lugares de culto, nuestras reuniones de oración se estaban reduciendo a la nada, y nuestras reuniones eclesíásticas eran meros asuntos de farsa.

Ustedes saben muy bien que este es el caso de muchas iglesias londinenses hasta el día de hoy, y hay algunas que no se lamentan por ello. Suben a su lugar acostumbrado, y el ministro ora, y la gente o duerme con los ojos o con el corazón, y salen, y nunca hay un alma salvada. El estanque del bautismo rara vez se agita, pero lo más triste de todo es que las iglesias están dispuestas a que así sea. No están serias para obtener un avivamiento de la religión.

Hemos estado haciendo algo, la iglesia en general ha estado haciendo algo. No voy a poner ahora mi dedo sobre cuál es el pecado, pero se ha hecho algo que ha alejado el Espíritu de Dios de nosotros. Él está afligido y se ha ido. Él está presente con nosotros aquí, doy gracias a Su nombre, Él todavía es visible en medio de nosotros. No nos ha abandonado. Aunque hemos sido tan indignos como otros, Él nos ha dado un largo derramamiento de Su presencia.

Estos cinco años o más hemos tenido un avivamiento que no ha sido superado por ningún avivamiento sobre la faz de la tierra. Sin clamores ni gritos, sin caídas ni desmayos, Dios añade

constantemente a esta iglesia números y números, de modo que el corazón de vuestro ministro está a punto de romperse de alegría cuando piensa cuán manifiestamente el Espíritu de Dios está con nosotros.

Pero hermanos, no debemos contentarnos con esto, queremos ver al Espíritu derramado sobre todas las iglesias. Miren las grandes reuniones que hubo en San Pablo, y en la Abadía de Westminster, y en Exeter Hall, y en otros lugares, ¿cómo es que no se hizo ningún bien, o muy poco? He observado con ojo ansioso, y nunca desde ese día he oído hablar de más que una conversión, y eso en St. James' Hall, de todos estos servicios. Parece extraño. La bendición puede haber llegado en mayor medida de lo que sabemos, pero no en una medida tan grande como podríamos haber esperado, si el Espíritu de Dios hubiera estado presente con todos los ministros.

Oh, ojalá vivamos para ver cosas mayores de las que hemos visto hasta ahora. Vayan a sus casas, humíllense ante Dios, ustedes miembros de la iglesia de Cristo, y clamen en voz alta que Él visite a Su iglesia, y que abra las ventanas del cielo y derrame Su gracia sobre Su sedienta colina de Sión, para que nazcan naciones en un día, para que los pecadores sean salvados por millares, para que Sión esté de parto y dé a luz hijos.

Oh, hay signos y señales de un próximo renacimiento. Hace poco oímos hablar de una buena obra entre los niños de la escuela Ragged School de St. Giles, y nuestra alma se ha alegrado por ello, y las noticias de Irlanda nos llegan como buenas nuevas, no de un país lejano, sino de una provincia hermana del reino. Clamemos en voz alta al Espíritu Santo, que ciertamente está afligido con Su iglesia, y purguemos nuestras iglesias de todo lo que es contrario a Su Palabra y a la sana doctrina, y entonces el Espíritu volverá, y Su poder se manifestará.

Y ahora, en conclusión, puede haber algunos de ustedes aquí que han perdido la presencia visible de Cristo con ustedes, que de hecho han contristado tanto al Espíritu que se ha ido. Es una misericordia para ustedes saber que el Espíritu de Dios nunca deja finalmente a Su pueblo, Él los deja para castigo, pero no para condenación. A veces los deja para que se hagan buenos conociendo su propia debilidad, pero no los dejará finalmente para que perezcan.

¿Estás en un estado de recaída, declinación y frialdad? Escuchadme un momento, y que Dios bendiga las palabras. Hermanos, no permanezcan ni un momento en una condición tan peligrosa, no se conformen ni por un solo segundo con la ausencia del Espíritu Santo. Les suplico que usen todos los medios por los cuales ese Espíritu pueda ser traído de nuevo a ustedes.

Una vez más, permítanme decirles claramente cuáles son los medios. Busquen el pecado que ha contristado al Espíritu, abandónenlo, maten ese pecado en el acto, arrepíentense con

lágrimas y suspiros, continúen en oración, y nunca descansen satisfechos hasta que el Espíritu Santo regrese a ustedes. Frecuenta un ministerio ferviente, reúnete mucho con santos fervientes, pero sobre todo, ora mucho a Dios, y que tu clamor diario sea: "Vuelve, vuelve, oh Espíritu Santo, vuelve, y mora en mi alma". Te ruego que no te conformes hasta que esa oración sea escuchada, pues te has vuelto débil como el agua, y débil y vacío mientras el Espíritu ha estado lejos de ti.

Oh, puede ser que haya algunos aquí esta mañana con quienes el Espíritu ha estado luchando durante la semana pasada. Oh, sométanse a Él, no lo resistan, no lo contristen, sino sométanse a Él. ¿Te está diciendo ahora: "Vuélvete a Cristo"? Escúchalo, obedécelo, Él te mueve. Oh, te ruego que no lo desprecies. Le has resistido muchas veces, entonces ten cuidado de no hacerlo de nuevo, pues puede venir una última vez cuando el Espíritu diga: "Iré a mi reposo, no volveré a él, la tierra es maldita, será entregada a la esterilidad".

Oh, oíd la palabra del Evangelio antes de que se retiren, pues el Espíritu os habla eficazmente ahora en esta breve frase: "Arrepentíos y convertíos todos vosotros, para que sean borrados vuestros pecados cuando vengan de la presencia del Señor los tiempos del refrigerio", y oíd esta solemne sentencia: "El que creyere en el Señor Jesús, y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado". Quiera el Señor que no contristemos al Espíritu Santo. Amén.